

# DUARTE

DISCURSO LEIDO DESDE EL BALCON DE LA CASA  
CONSISTORIAL, POR EL CIUDADANO FELIX MARIA  
DEL MONTE, EN LA APOTEOSIS DE JUAN PABLO  
DUARTE

¡Y qué momento, señores! El 27 de Febrero, en que se realizó la idea sagrada de libertar la patria del más atroz yugo, es precisamente el día que la Providencia ha señalado en sus inscrutables designios, para que la noble, simpática y hospitalaria Venezuela devuelva a la antigua Patriada de las Indias los insumidos restos del primero de sus padres y redentores; a fin de que, cansada al cabo de amarguras, y como avergonzada de la culpable ingratitude de los vestigios presenciales de tan heroico hecho, le conceda siquiera una tumba en el seno de la patria que redimió del extranjero.

La Sociedad *La Republicana* había tomado antes la iniciativa de la verda del desagravio de este capitán sin justicias, honrando estorno y trahida con pompa a esta Sala, cuando se celebró en esta ciudad el funeral del

DUARTE

J. P. Duarte

Firma de Juan Pablo Duarte, con rango militar, signo masónico y rúbrica.



**ONCIUDADANOS** y señores:

Asistimos en este momento a un acto solemnemente lúgubre, si bien eminentemente reparador:

¡Y qué momento, señores! ... El 27 de Febrero, en que se realizó la idea redentora de libertar la patria del más afrentoso yugo, es precisamente el día que la Providencia ha señalado en sus inescrutables designios, para que la noble, simpática y hospitalaria Venezuela devuelva a la antigua Primada de las Indias los inanimados restos del primero de sus padres y redentores; a fin de que, cansada al cabo de injusticias, y como avergonzada de la culpable ingratitud de los testigos presenciales de tan heroico hecho, le conceda siquiera... iuna tumba en el seno de la patria que redimió del extranjero!

La Sociedad *La Republicana* había tomado antes la iniciativa en la senda del desagravio de esa expiatoria sin justicias, haciendo exhumar y trasladar con pompa a esta Santa Catedral los restos del denodado Gral. Francisco del

Rosario Sánchez; del héroe del baluarte del Conde; del mártir del Cercado; de esa gran figura nacional que, cuando callen del todo las pasiones rencorosas, que por dicha van extinguiéndose, pero que proyectaron su caliginosa atmósfera sobre nuestro presente, adquirirá proporciones colosales a la luz esplendente de la historia.

Hoy, el supremo Gobierno y el ilustre Ayuntamiento de esta capital, reivindicán el polvo sagrado del ilustre general JUAN PABLO DUARTE; y ofrecen al último resto de su familia un asilo en el regazo de la patria, después de cuarenta años de incalificable destierro. ¡Infelices! salieron jóvenes de su país, llenas de vida y legítimas aspiraciones: hubieran retornado ancianas, como el que tiene actualmente la honra de elevar ante vosotros su voz, gastada por los años y el infortunio; y, al despedirse de la tierra hospitalaria, habrían dado la espalda a los objetos que la muerte segó durante esa larguísima peregrinación.

Señores: existe actualmente en el mundo una escuela pirrónico—histórica de negación absoluta, que se complace en revocar a duda los hechos más gloriosos, y en reducir a pura novela los personajes más dignos de admiración. Para ella jamás existió Homero; tampoco Guillermo Tell; y la inspirada Sibila de la Francia, la pura y simpática Juana de Arco, doblemente víctima de las venganzas de Inglaterra y de los inmundos sarcasmos de Voltaire: esa heroína de eterna recordación, no fue más que un ente fantástico, sin existencia real en el espacio ni en el tiempo.

Hay otra escuela, a la par funesta, que existió mucho antes que aquella, y que subsistirá hasta la consumación de los siglos, cuya satánica misión ha consistido siempre en negar rotundamente, y por la sola autoridad de sus decisiones, el mérito de los actos más heroicos y sublimes, atribuyéndoles de ordinario las más opuestas y aviesas intenciones. Esta última inauguró, por desgracia, su cátedra fatal en nuestro suelo en el año 1844, y se cebó devorando reputaciones immaculadas desde los primeros días de nuestra gloriosa Separación.

Yo no vacilo, señores, en preferir la primera a la segunda: sí, prefiero la que niega absolutamente el hecho, a la que se complace impudente en amenguar su magnitud, y en desconocer y calumniar a la virtud y al verdadero mérito. ¡Oh! cuánto tuvieron que sufrir entonces, con los aventurados juicios de esa escuela, los próceres de la independencia nacional; aquella juventud entusiasta, modesta y desprendida que sólo aspiró a borrar de los fastos de la patria un padrón de verdadera ignominia, sin pretender otra recompensa que la que anhelaba el eminente poeta sudamericano José Joaquín Olmedo, cuando decía en uno de sus cantos patrióticos:

*Yo me diré feliz, si mereciere  
por premio a mi osadía,  
una mirada de las tiernas gracias  
y el aprecio y amor de mis hermanos;  
una sonrisa de la patria mía,  
y el odio y el furor de los tiranos.*

No es mi ánimo, ni tampoco lo sería de este momento, recordar las diatribas y calumnias con que se amargó la existencia del mártir redentor, cuyos despojos mortales hemos venido a recibir y honrar. ¡Guárdeme Dios de deslizar una sola gota de hiel en la ancha copa que, durante largo tiempo, apuraron él y todos sus correligionarios! En vez de esos recuerdos de dolor, deseo ardientemente que desaparezcan y se hundan en el olvido todas aquellas que un acreditado escritor filosófico apellida *palabras sin testigos*: esto es, dice, “las que tiendan a eternizar los insultos con que el vencedor acostumbra afrentar al vencido, abusando de su triunfo, y con los cuales provoca, a las veces, el valor de la desesperación”.

Conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana. Fue uno de mis más íntimos amigos; mi condiscípulo, mi compañero en la Trinitaria, en la Sociedad Filantrópica; en el hecho de armas de la plaza de la

Catedral el 24 de marzo del 43; y no en la Puerta del Conde, porque aún no había regresado de su primera expatriación.

Poseo como datos preciosos para la historia nacional, las cartas que desde su destierro en la América del Sur me enviaba a Puerto Rico, durante mi ostracismo de once años. Sí; yo las conservo como las últimas expansiones de su alma virgen; como los postreros latidos de aquel corazón todo amor y patriotismo.

El no hubiera ordenado jamás que se esculpiera sobre su losa sepulcral la aterradora inscripción que se leía sobre la tumba de Scipión Africano: *Ingrata patria, tú no poseerás mis huesos*. Al contrario tal vez habría repetido con el gran capitán del siglo: *Si algún día mis enemigos estuvieren menos encarnizados contra mi memoria que lo están hoy contra mi persona, transportad mis restos a las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que siempre he idolatrado*.

¡Vengan a las orillas del Ozama, cuyas auras mecieron su cuna, las venerandas reliquias del patricio que, como maestro y como apóstol, concibió y propagó la idea de Separación de la antigua Española, hoy República Dominicana! Vengan a descansar, si no al lado, a lo menos en el mismo suelo en que duermen el sueño eterno los Sánchez, los Mella, los Pina, los Pérez, los Concha, los Bobeá, los Ruíz, los Contín, los Bonilla, los Puello, los Fernández, los Mercenarios, los Bobadilla, los Regalado, los Espinosa, los Fernández, los Carrasco, los Echavarría, los Brea, los Heredia, los Pujol, los Morenos, los Jiménez, los Pacheco, los Diez, los González, los Barriento, los Soñé, los Sandoval, los Perdomo, los Leguísamon, los Imbert, los Salcedo, los Castillo, los Duvergé, los Araujo, los Remero, las Ana Valverde, a cuya patriótica excitación las matronas y vírgenes de esta ciudad presentaron sus recursos pecuniarios para reparar en lo posible parte de los muros que la guarnecen, y reforzar y levantar algunos de sus baluartes, con el objeto de proteger contra las irrupciones de

Occidente a esta especie de Ilión dominicana, cuyos inofensivos moradores aprendieron dolorosamente, y muy a su costa desde 1801, la profundidad de la política práctica que encierra un solo verso de Virgilio en el 2o. Libro de su Eneida:

*Timeo danaos et dona ferentes:*

Temo a los griegos y sus ofrendas.

En efecto; ya que habitamos el mismo territorio, sin que una valla insuperable nos ponga al abrigo de posibles sorpresas, es prudente que temamos a esos inquietos vecinos, a pesar de sus demostraciones de amistad y afecto, mientras una larga paz, consolidada y garantizada, no haya asegurado nuestro porvenir; mientras sus intereses, todavía contrarios a los nuestros, no lleguen a armonizarse hasta el punto de que renuncien al pensamiento de conquistar nuestra República, para cerrar sus puertas al progreso extranjero, que ya se ostenta vigoroso, y seguir dominando la isla entera con el exclusivismo que proclaman, como dogma, sus instituciones fundamentales. Es muy prudente que temamos (aunque sin odiarlo) al pueblo en que se representan frecuentes escenas de recíproca carnicería; de un odio tan instintivo como feroz, y que dan la medida de la clase de represalias, cuando no del exterminio, con que nos harían expiar esa dilatada serie de triunfos con que se decora la nación.

¡Vengan, vengan, repito, esos restos sagrados a descansar junto a tantos y tantos como forman el grandísimo obituario, la inmensa falange de héroes y de mártires, cuyo recuento se escapa a mi atormentada memoria! Duerman, al fin, en la imperturbable paz del sepulcro, exentos de persecución y de rencores; porque, como dice un célebre escritor moderno “cuando la muerte sienta su mano glacial sobre el rostro de un hombre, no queda espacio para el insulto”.

Entretando, los pocos hijos del 27 de Febrero que aún quedan arrastrando el peso de la vida; contando acaso sus

días por el número de sus pesares, aguardan tranquilos el instante y supremo de reunirse a ellos en la mansión privilegiada a donde no penetra la ingratitude, ni pueden alcanzar los aventurados fallos de la injusticia humana.

Sombras ilustres de los héroes que murieron fieles a la causa de la Separación dominicana; mejor dicho: espíritus de esa cohorte de desinteresados libertadores de la patria oprimida; pedid al Eterno que vuestra abnegación y martirio no sean jamás infructuosos: que la obra de tantos sacrificios, bendecida por El, siga sobreviviendo y se perpetúe: que la generación que os reemplaza comprenda siempre los verdaderos intereses de la nación; la posición geográfica que ocupa, su aptitud intelectual; sus dotes privilegiados; y que, lejos de adormecerse en el ocio letal, o de dejarse arrastrar por el espíritu de lujo inmoderado, que corrompe y arruina los Estados, procuren conquistar para la patria de Febrero, la influencia pacífica y bienhechora que pueda caberle en los consejos de la América Latina!

Perdonad, señores, esta cansada expansión de un patriota a quien atormentan en este día recuerdos dolorosísimos; y que, retirado para siempre de la política, y hasta apartado por cálculo del trato de los hombres, con quienes vive en paz, pero de cuyas pasiones e intereses no participa, desea bajar al sepulcro fiel a la consigna de su primera juventud: esto es: *¡Separación! ¡Dios, Patria y Libertad! ¡República Dominicana!*